

Biblioteca-Films

Núm.

292

EL APACHE

25

CTS.



Margaret
Livingston

Don Alvarado

BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707
Sdad. Gral. Española de Librería: **Barbará, 16**
B A R C E L O N A

AÑO VI

APARECE LOS MARTES

Núm. 292

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

EL APACHE

Adaptación literaria en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el simpático actor

DON ALVARADO

.....
E X C L U S I V A
PRINCIPE FILMS

Aragón, 249

Barcelona

REPARTO:

Luis..... **DON ALVARADO**
Nanette..... **BETTY COMPSON**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Marsella, la bella ciudad marina de Francia, bajo cuyo cielo azul se cobijan gentes de todos los países y de las más diferentes escalas sociales. En un café de los muelles, donde dibujaba el Hampa las figuras sombrías de un aguafuerte, Gastón Lardier, un apache de París, que, bajo el sol del Mediodía, jugaba continuamente con la muerte, todas las noches ofrecía al público que concurría al establecimiento un espectáculo, propio para los seres que gustan de las grandes emociones. Colocado sobre un tablero, con los brazos en cruz, permanecía impasible, mientras que su compañera, desde una prudente distancia iba arojando sobre él varios cuchillos, hasta dibujar la figura del apache.

Su compañera en el tablado, pero solamente en el tablado, era Nanette, de pulso seguro y corazón sereno y una verdadera maestra en el difícil oficio de lanzar los cuchillos.

A pesar del ambiente en que vivía Nanette, se adivinaba en su mirada que su alma no estaba corrompida por el lodazal en que se arrastraba su vida. Sola, sin nadie que velase por su virtud, Nanette tenía que ganarse la vida de aquella forma, pero sin que, como decimos, hicieran mella en ella las dentelladas del vivo y de la corrupción que la codeaban. Su alma fuerte ante los embates de la vida había sabido resistir las tentaciones y su inocencia permanecía virgen y limpia de todo pecado.

Hasta entonces habían sido vanas cuantas súplicas le había hecho Gastón para que accediese a su querella amorosa y en vista de que sus ruegos no hallaban eco en el corazón de Nanette, procuró intimidarla por el miedo.

—Tú te niegas a ser mía—le había dicho en cierta ocasión el apache—. Pero ten presente que si contengo mi pasión es porque estoy decidido a que seas mía o de nadie.

—Ya te he dicho muchas veces—respondía la muchacha—que no amo a ningún hombre. El día que alguno interese a mi corazón, haré lo que me parezca, sin necesidad de tenerte que pedir parecer.

—¿Olvidas, acaso, que soy hombre capaz de todo por conseguir mi objeto?... ¡Todavía no me conoces bien!—exclamó él.

—Porque te conozco no te tengo miedo—volvió a decirle Nanette—. Tienes demasiada

das cuentas pendientes con la policía para ponerte a su alcance.

Y sin que las discusiones cesasen un solo día fué transcurriendo el tiempo, sin que nada anormal sucediese, pero una noche entró en el café el poderoso e influyente Aurelio Chautard. Un hombre que gustaba, como Dante descender alguna vez a los infiernos, pero no con Beatriz, sino a encontrarla en aquel miserable recinto. La belleza de Nanette resaltaba entre la de todas las mujeres y pronto se sintió Aurelio atraído por la joven. Pensó que la conquista de aquella mujer sería cosa fácil, pero al primer intento comprendió que había que proceder con demasiada cautela, si no quería que la paloma se le escapase. Para ello siguió frecuentando el café con gran disgusto por parte del apache que veía las atenciones que tenía el caballero para ella y una de las veces le dijo:

—Cuidado Nanette, me parece que te interesas demasiado por ese parroquiano y se te olvida que yo estoy aquí para pararle los pies.

—Pero si no le conozco siquiera, Gastón —protestó la muchacha—. Sólo sé que es un parroquiano asiduo desde hace unos días.

—Viene por ti—volvió a decirle Gastón—, mira como no quita los ojos de nosotros.

—Eres insufrible—exclamó Nanette, desesperada—. En cuanto un hombre me mira ya estás martirizándome con tus celos.

Cuando la pareja hubo terminado su ejercicio, Aurelio se acercó a la joven y le dijo:

—Le felicito, señorita, por la habilidad que tiene en su difícil arte.

Gastón, al verlos juntos no pudo contenerse y se acercó a donde estaba Aurelio, a quien le amenazó diciéndole:

—¡Si le tiene usted apego a la vida, "mon cher", no vuelva a acercarse a la pequeña!

—Me limitaba a felicitar a la señorita por su maestría —contestó sin inmutarse Aurelio—. Creo que es un derecho de todo espectador.

—Para hablar con esta mujer no tiene derecho nadie más que yo—exclamó el apache, haciendo ademán de sacar un arma.

Pero Aurelio, sujetándole fuertemente por las muñecas le obligó a arrojarla, mientras que Nanette, interponiéndose entre los dos hombres le reprochaba a Gastón su conducta, diciéndole.

—Vas a hacerme el favor de contener un poco tu temperamento, Gastón... ¡Yo no quiero cuestiones con la policía, ni creo que a ti te interese mucho.

—Ni la policía ni nadie puede sospechar de mí—contestó el apache—. Estamos a bastantes leguas de París.

La cuestión pareció haber terminado y Aurelio, que había oído lo suficiente salió del café y se dirigió inmediatamente a la Jefatura

de Policía. Allí dió cuenta de lo que le había sucedido y el jefe, ante las palabras del señor Cautard, quedó un momento pensativo y al fin exclamó:

—Lo que usted acaba de decirme confirma nuestras sospechas de que el tal Gastón sea el jefe de la banda de apaches que buscamos.

Y llamando a uno de sus subordinados, le dijo:

—Vayan inmediatamente al café donde trabaja ese hombre y tráiganlo en unión de su cómplice.

Media hora después Gastón y Nanette se veían ante el Prefecto de policía quien tomaba declaración al fingido artista, diciéndole:

—Aquí tengo una orden de detención contra usted, por suponerle autor de varios robos efectuados en París.

Gastón al ver allí a Aurelio Chautard comprendió en seguida quien le había delatado y después de confesar su participación en los delitos que se le imputaba, se quedó mirando a Chautard, y le dijo:

—Ya sé que es esto obra de usted y le juro que me lo pagará algún día.

Chautard se sonrió de la amenaza del apache y salió de la jefatura de policía, a la vez que Nanette y Gastón eran encerrados cada uno en un calabozo distinto.

SEGUNDA PARTE

Valiéndose de la influencia que le otorgaba su elevada posición, Chautard fué al día siguiente para solicitar la libertad condicional o bajo fianza de la joven artista.

—Piense usted—le dijo el Prefecto de policía—que se trata de una mujer peligrosa en extremo.

—No lo crea así—respondió sonriendo Aurelio—. Se trata de una pobre joven que tiene que ganarse la vida trabajando únicamente. Yo le ruego que acepte mi fianza y que hoy mismo la deje en libertad.

—Saliendo usted fiador de ella, no tengo ningún inconveniente; pero con la condición que ha de saber usted todos los pasos de esa mujer.

—Conforme—aceptó Chautard—. Cuando le hayan dado libertad, adviértanle que tiene que presentarse a mí.

Media hora más tarde. Nanette era puesta en libertad, pero con la condición impuesta por el Prefecto de policía, que le dijo:

—Está usted libre. Pero no olvide que su protector está facultado para volverla a usted

a la cárcel en cuanto su conducta no le parezca satisfactoria. Tiene usted la obligación de presentarse al señor Chautard tantas veces como él lo requiera.

Le parecía mentira a Nanette que pudiera respirar otra vez libremente el aire de la calle. Solamente había permanecido algunas horas en el calabozo, y a la joven le pareció, el tiempo transcurrido en aquel encierro, toda una eternidad. No pudo menos que bendecir interiormente a aquel hombre, que de aquella manera se había interesado por ella y, algunos días después, fué a darle las gracias por su generosa acción.

—Le debo la libertad, señor—empezó diciéndole cuando estuvo en su presencia—, y no sabe usted cuánto se lo agradezco.

—No tiene que agradecerme nada—respondió Aurelio, cada vez más interesado por la belleza de la joven—. Y ahora, sin su compañero, ¿qué piensa usted hacer?

—No lo sé—contestó la muchacha—. Buscaré de nuevo trabajo en algún otro café.

Chautard se la quedó mirando y la propuso:

—Lo mejor sería que se marchase usted de Marsella y se fuese a París. Allí hay más campo para rehacer su vida.

No se crea tampoco que el consejo de Chautard era desinteresado. Tenía sus miras y éstas eran de que en París, la joven, sin que nadie la ayudase, pronto caería en las redes dora-



—Me parece que te interesas demasiado por ese parroquiano

das que tiende el vicio y a él le sería fácil el conquistarla, o bien, que, falta de recursos y desesperada, no intentaría a negarse a recibir su ofrecimiento de ayudarla a cualquier precio que fuese. Llevado tan solamente por estos pensamientos, sacó de la cartera unos cuantos billetes y se los dió a la joven, que los rehusó diciéndole:

—No puedo aceptar esa cantidad, señor. Yo no admito más dinero que el que gano con mi trabajo, y, además, no quiero pedir limosna.

—No se enfade—exclamó con fingida bondad Chautard—. Es sólo en calidad de préstamo. Ya me lo devolverá usted más adelante, cuando trabaje... Con esto tiene usted para el viaje y aun le sobrarán algunos francos hasta que encuentre trabajo en París...

Nanette, ganada por la bondad que parecían expresar las palabras de Aurelio, terminó aceptando el ofrecimiento, y le dijo al momento de despedirse:

—Mil gracias otra vez, caballero... Nadie me ha tratado con tanta bondad.

Aurelio le tendió la mano en señal de despedida, a la vez que le decía:

—Ya sabe que me intereso de verdad por usted. No deje de darme noticias suyas cuando esté en París.

Y Nanette, convencida de la bondad de aquel hombre, sin poder adivinar las ideas que germinaban en él, salió de aquella casa, donde tanto bien se creía haber recibido.

Algunos días después, París abría ante los ojos atónitos de la pobre Nanette el abanico mágico de sus varillas policromas. El bullicio de la gran ciudad atolondraba a la joven, que caminaba desorientada por calles y plazas de la bella ciudad de la alegría, donde el lujo y

la frivolidad tiene instalado su trono. Nanette recorría, admirando los iluminados escaparates, las tiendas de modas que exhibían las más ricas "toilettes"; pero, a diferencia de lo que le hubiera sucedido a otra muchacha de su edad, en Nanette no causaba impresión todo aquel derroche de luces y lujo. Sin embargo, también en aquella población, que parecía destinada únicamente a albergar a los favorecidos de la fortuna, había, como en Marsella, antros miserables de vicio, donde unos cuantos seres expulsados de la sociedad, preparaban sus golpes y planeaban sus "negocios".

En uno de estos establecimientos nocturnos se hallaba, como bailarín, Luis Dubois, un buen muchacho, a quien las exigencias de la vida le habían obligado a hacer de "hombre terrible" en aquel infimo cabaret de Montmartre. Exponiendo su vida a cada instante, había logrado hacerse temer de los asiduos parroquianos del cabaret, a la vez que ser deseado de todas aquellas mujeres, sin que ninguna hubiera logrado jamás merecer una mirada cariñosa del muchacho.

Echado sobre una mesa, Luis parecía preso de un doloroso sentimiento cuando se le acercó uno de los hombres que había en el establecimiento, y le preguntó:

—¿Qué tienes, muchacho?

—Nada, cosas mías—respondió el joven.

El otro, creyendo adivinar la causa del mal-humor del bailarín, le dijo maliciosamente:

—¿Acaso son penas de amor?

—¡Bah!— exclamó despectivamente Luis—. Jamás me ha preocupado esa tontería. Lo mío es algo peor. Lee esta carta, que he recibido hoy.

Y le entregó la carta en la que el parroquiano leyó un párrafo que decía:

"...y vivimos con tanta pobreza, que si tú no nos mandas dinero con urgencia, la pobre mamá sólo tardará unas semanas, tal vez unos días, en morir..."

—¿Comprendes ahora mi pena?—preguntó Luis, con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—¿Y a quién te quejas?—exclamó brutalmente el otro individuo—. Si no fueses tonto, tendrías todo el dinero que quisieras... como lo tenemos nosotros.

—Ya te he dicho varias veces que es inútil que insistas. Si vivo en este ambiente, es tan sólo por mi madre; pero ella misma me maldeciría si supiese que tiene un hijo ladrón—repuso enérgicamente Luis.

—Bueno, muchacho — terminó diciendo el parroquiano—. Tú sabrás lo que más te conviene. Mientras tanto, puedes pedirle dinero a la moralidad, a ver si esa señora se siente espléndida.

Después de esta conversación, Luis perma-

neció durante un gran rato solo y en su cerebro punzaban, como alfileres emponzoñados, las frases del apache.

Era verdad, ya estaba harto de aquella vida miserable, en la que apenas ganaba para vivir, y, puesto que la vida lo lanzaba al abismo, a él se arrojaría.

Poseído de este pensamiento, salió a la calle y esperó a que pasase cualquier transeúnte para llevar a la práctica la idea que llevaba. Al poco rato, una muchachita pasó por su lado y Luis se arrojó sobre ella, pretendiendo arrebatarle el monedero. La joven luchó con él para defender, tal vez su único capital, a la vez que le decía:

—¿No le da vergüenza? ¡Es todo lo que tengo, y si me lo hubiese quitado habría tenido que dormir en la calle!

El tono lastimoso con que fueron dichas aquellas palabras, volvieron a la realidad a Luis y, arrepentido de su acción, exclamó:

—Perdóneme usted, yo no sabía lo que hacía; pero no soy precisamente un ladrón... estaba desesperado...

Y para convencerla, le mostró la carta que había recibido de su hermana, aquella carta que era un grito de dolor y que había inculcado en su alma, de verdadera nobleza, la idea tremenda del robo.

La joven, compadecida del dolor del desconocido, se le quedó mirando fijamente e impre-

sionada favorablemente por la agradable figura de Luis, repuso:

—Permítame que la ayude... Yo ignoraba que existiese una razón tan poderosa...

Y en un desprendimiento de pura caridad, le entregó casi todo el dinero que llevaba.

Luis, ante el acto de la joven, una infinita ternura en su corazón y aceptando la cantidad que ella le ofrecía, contestó:

—Jamás he experimentado un sentimiento tan profundo como el que usted me ha hecho sentir en este momento... Pero no quiero aceptar su dinero más que en calidad de préstamo. Dígame dónde podré encontrarla para devolvérselo.

Nanette quedó un momento indecisa, sobre si decirle al joven la verdad de su situación y, al fin, animada por la simpatía que en ella había despertado, le respondió:

—Acabo de llegar a París... Todavía no tengo domicilio...

—Entonces, permítame que la proteja. En una ciudad como París, es peligroso para una joven de su belleza, vivir sin la sombra de un hombre que la guarde. En donde yo vivo, hay habitaciones disponibles... Creo que alguna de ellas le gustaría a usted.

Nanette no sabía qué hacer. El ofrecimiento de aquel desconocido le inspiraba confianza; pero, no obstante, pretendió rehusar, hasta que Luis consiguió decidirla, diciéndole:

—Siento no poder esperar... pero tengo que ir a hacer una visita urgente...

Luis no dudó de que aquella visita y la carta que acababa de recibir tenían relación entre sí; pero, no obstante, quiso asegurarse, y nada dijo a la muchacha, decidido desde luego, a seguir sus pasos.

Una hora después, Nanette se hallaba ante el que ella creía su desinteresado amigo y éste le dijo, al verla tan cambiada:

—¿Parece usted muy contenta, Nanette...?

—Así es, señor Chautard. Mi mayor alegría es poder devolverle el dinero que me prestó.

—¡Bah, no hablemos de eso!—exclamó despectivamente Chautard—. Me interesa más saber si está usted satisfecha de la vida.

—Completamente—respondió Nanette—. He encontrado el medio de vivir feliz y solamente espero que mi felicidad sea completa.

Nanette, al hablar así, pensaba en su próximo matrimonio con Luis. Aquello era para ella el colmo de su dicha y esperaba el momento ansiado, con la misma ansiedad que un recluso aguarda la libertad. Sin embargo, Chautard interpretó mal su pensamiento, y le dijo:

—Una muchacha tan bonita como usted, podría ver en el acto satisfechos todos sus caprichos.

—Sabré esperar pacientemente, y no dudo que mi felicidad no tardará en llegar—volvió a decirle ella. Al hablar de su amor, sus ojos

Pious tales
N. 20

brillaban con todo el fuego de la pasión que sentía su corazón, y su belleza adquiría aún más fuerza. Chautard la estuvo contemplando breves momento y, no pudiendo contener por más tiempo el deseo, tanto tiempo contenido, le dijo:

—He pensado que lo mejor es que viva usted aquí. En mi departamento sobra sitio y falta intimidad.

—Eso es imposible, señor Chautard—exclamó la joven, empezando a comprender los insanos pensamientos del que ella había creído su amigo y protector—. Yo amo a un hombre a quien le he consagrado toda mi vida. Mi única ilusión es unirme a él y por nada del mundo renunciaría a su amor.

Chautard sonrió con el aire de cinismo que presidía todos sus actos y quiso tentar la codicia de la joven, diciéndole:

—Pero, ese hombre a quien usted ama, no puede regalarle cosas como ésta.

Abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un precioso estuche. Extrajo su contenido y le mostró a la joven un magnífico collar de perlas, capaz de tentar la coquetería de cualquier mujer. No obstante, Nanette lo miró indiferentemente, y repuso:

—Verdaderamente, es usted un hombre de gusto; pero, para mí, más que todas las joyas del mundo, vale el amor del hombre a quien amo.

La negativa de Nanette era tan rotunda y definitiva, que Chautard abandonó la serenidad de que siempre hacía gala y exclamó exaltado:

—Usted ha olvidado algo, Neneffe... ha olvidado que puedo mandarla a la cárcel en cuanto se me antoje.

—Pero, usted no hará eso...—sollozó, atemorizada, Nanette—. Usted es bueno... Comprenda que ahora en cuando empiezo a vivir mi verdadera vida.

Chautard permanecía impassible ante las lágrimas de la joven, que, arrodillada ante él, seguía suplicándole:

—¡Por Dios, no haga eso!... ¡No me haga volver a la cárcel!

—Entonces, viva aquí, conmigo—respondió Chautard—. A mi lado, tendrá usted satisfechos todos sus caprichos.

—¡Eso es imposible!... Yo no puedo abandonar al hombre que amo—protestó la joven.

Chautard se levantó de su asiento, como dando por terminada la entrevista, y le dijo:

—Si quisiera, ahora mismo podría hacerla detener. Con sólo retirar mi fianza, sería suficiente; pero quiero demostrarle que la aprecio y le doy tiempo para que piense su decisión... Mañana por la noche, quiero saber su contestación.

CUARTA PARTE

La aparente tranquilidad con que parecía haberse conformado Luis, ante la explicación que de la carta le diera Nanette, tranquilizaba algo a la joven, que, ante el temor de verse despreciada por él, quería a toda costa ocultar aquel incidente de su vida.

La confianza que Luis había depositado en ella, la fe ciega que siempre le había demostrado, no preguntándole nada de su vida pasada, habían hecho que Nanette ocultara en lo más recóndito de su alma aquel secreto que podría perturbar la dicha de su amor. Pero cuando llegó a su casa, toda su ilusión se vino por tierra; Luis la esperaab y, apenas entró Nanette, le dijo:

—¡Has estado con un hombre, no me lo niegues!... ¡Te he seguido para convencerme de tu falsedad!... ¿Por qué me has engañado?

—¡Por Dios, Luis, no me preguntes nada!—respondió ella—. Piensa únicamente que mi amor no ha sido de nadie más que tuyo.

—Entonces, ¿quién era ese hombre?... ¿Por qué has ido a verle?... ¡Habla!

Nanette comprendió que si quería volver a la confianza de Luis, no tenía más remedio que confesarle toda la verdad. Decirle la en-

trevista que acababa de tener con Chautard, su amistad con Gastón, en fin, toda su vida pasada, que ella creía pecaminosa y en la que, sin embargo, no había ni una sola mancha que le pudiera hacer bajar la cabeza.

—Cuando yo trabajaab en un café de Marsella, conocí a ese hombre—empezó diciendo. —Naturalmente, creía que tenía en él a un verdadero amigo, puesto que gracias a él me pusieron en libertad, por un asunto en el que aparecí complicada, sin culpa alguna; pero ahora quiere mandarme a la cárcel otra vez... si no accedo a sus pretensiones.

Al terminar su narración, Nanette lloraba amargamente. Luis, convencido de la inocencia de ella, atrajo hacia sí su cabecita de muñeca, a la vez que procuró tranquilizarla, diciéndole:

—No temas, Nanette. Ese hombre no cumplirá sus amenazas.

Y, confiada en la protección de Luis, Nanette sonrió deliciosamente, libertando a su alma del enorme peso que la aprisionaba.

A la noche siguiente, Chautard se dirigió al café donde estaba Nanette. Apenas la vió, empezó a hacerle señas para que se acercara a su mesa. Luis, que no perdía de vista al nuevo parroquiano, se acercó a él y le dijo:

—Le advierto, amigo, que esa muchacha está comprometida. O deja usted de hacer visiones, o le costará caro.

Nanette, al verlos unidos, temió por Luis. Recordó en qué había terminado la reyerta del café de Marsella y corrió a interponerse entre los dos hombres.

—¡Por Dios!—exclamó Nanette—. El señor es un buen amigo.

—Eso es—respondió con cinismo Chautard—un buen amigo.

Y le volvió la espalda, saliendo del establecimiento.

—¿Quién es ese hombre? — le preguntó enérgicamente Luis.

—Es el mismo—respondió la muchacha—. El que quiere encerrarme en la cárcel.

—¡Ah, bandido! — exclamó Luis—. No se hubiera marchado tan tranquilo, de haberlo sabido.

Y cuando aquella noche terminó Luis, sin decirle nada a Nanette, se encaminó al hotel en que vivía Chautard.

Al entrar, preguntó a uno de los camareros:

—¿Quiere usted indicarme el departamento del señor Chautard?

El camarero le designó las habitaciones que ocupaba, y Luis, decidido a terminar de una vez con la amenaza que pesaba sobre Nanette, entró al lugar que le habían indicado.

Una gran sorpresa le esperaba allí, una sorpresa que podía comprometerlo grandemente: En el suelo, de bruces, se hallaba el cadáver



— ¡Por Dios, Luis, el señor es un buen amigo!

de Chautard. Alguien que nadie había visto, había entrado en aquella habitación y había asesinado alevosamente a Chautard.

Luis, ante el temor de ser descubierto y suscitar sospechas, puesto que si era interrogado no podría decir quién era el asesino, huyó de allí, preso de la mayor inquietud. Sin embargo, nada de ello le dijo a Nanette, para no alarmarla; pero al día siguiente, cuando se hallaban trabajando, se presentó a la policía y le dijo a la joven:

—Venimos buscando a su compañero de baile.

Salió éste inmediatamente, y los policías le detuvieron, diciéndole:

—Está usted detenido. Se le acusa del asesinato de Aurelio Chautard.

—Les juro a ustedes que yo no le maté—contestó Luis.

—Usted fué la última persona que entró en su departamento—respondió el jefe de la policía.

—Pero cuando yo entré, él ya estaba muerto—volvió a decir Luis.

Fueron inútiles sus protestas de inocencia; nadie creía en ella, y únicamente Nanette era la que estaba segura de que Luis no había matado a aquel hombre, y Luis Dubois fué condenado por los tribunales como asesino de Chautard.

QUINTA PARTE

A los pocos días, Nanette recibió una visita inesperada: la de Gastón, que había cumplido la condena, y que, enamorado, como siempre, de la joven, venía nuevamente en su busca.

La joven, al hallarse en presencia del apache, no pudo reprimir un gesto de estupor y éste, riéndose maliciosamente, le dijo:

—Lo sé todo, Nanette. Sé que mientras yo me pudría en la cárcel, tú estabas aquí divirtiéndote, ¿no es cierto?

—No es verdad—respondió la joven—. Yo he estado aquí trabajando y, además, no tienes que pedirme cuentas de mis actos, ¿acaso te pregunto yo lo que tú has hecho?

—No es necesario, yo te lo diré—exclamó el apache—. En la cárcel, no hay más remedio que estar mano sobre mano y esperar la venganza; pero al salir, me he apresurado a recuperar el tiempo, y mira el provecho que he sacado.

Extrajo de su bolsillo un estuche en el que había un collar, y Nanette reconoció en seguida que era el mismo que Chautard le había enseñado una noche antes de la de su muerte. Por la imaginación de la joven cruzó una idea que podría ser la salvación de Luis.

Sin darle a entender sus sospechas, le dijo:

—Para que veas que me he portado bien du-

rante tu ausencia, y que no he querido a nadie, te propongo que volvamos a formar pareja. Yo hablaré con el dueño del café donde trabajo y no tendrá inconveniente en tomarle.

—Admirable—respondió el apache—. Procura que sea pronto la admisión, porque necesito dinero.

Al día siguiente, una vez que Nanette tuvo la conformidad del dueño del café para que realizasen el número de los cuchillos. Nanette se fué a ver al comisario de policía, y le dijo:

—He venido, señor comisario, para denunciar al verdadero asesino del señor Chautard. Es un tal Gastón.

—¿Qué pruebas tiene usted de ello? — le preguntó el comisario.

—Hasta ahora, sólo tengo sospechas.

—Eso es poco—volvió a decirle aquél—. Es preciso tener la certidumbre casi completa para poder detener a un hombre.

—Si quieren—contestó la joven—vayan esta noche al café donde trabajo y yo les aseguro que el criminal confesará por sí mismo el crimen.

—Aceptado—terminó diciendo el comisario.

—Esta noche habrán en el café varios policías para confirmar su declaración.

Esta amarró sólidamente al apache, que extrañado de ello le preguntó:

—¿Por qué me amarras?



— Perdoname que tome mis precauciones

—Perdóname, es que tomo mis precauciones.

Momentos después, Nanette empezó a lanzar los cuchillos, que iban clavándose en los lugares señalados con extraordinaria precisión.

—Tengo razones para hacerlo mejor que nunca—respondió ella. Y cuando ya sólo le quedaban tres cuchillos, se acercó a Gastón y le dijo:

—¿No es verdad que fuiste tú quien mató a Chautard?

—¿Por qué me haces esa pregunta?—exclamó, extrañado, el apache.

—Porque quiero que confieses ante todos tu delito. Si te niegas, uno de mis cuchillos no se clavará precisamente en el tablero...

—Me importan poco tus amenazas—respondió despectivamente el apache—. Estoy seguro de que no lo harás. Tienes demasiado miedo a la cárcel.

Y diciendo esto, empezó a lanzar los cuchillos que le quedaban, hasta que sólo que quedó uno, y le dijo:

—¡El último cuchillo, Gastón!... ¿Qué dices?

En la mirada de la joven había tal decisión, que el apache, seguro de que haría lo que decía, exclamó:

—¡Alto!... ¡Confesaré la verdad!... ¡Yo soy el asesino de Chautard!

Nanette había conseguido salvar a Luis. Por ella había vuelto a recobrar la libertad, y a la mañana siguiente, los dos enamorados volvían a encontrarse, para no separarse nunca.

—A ti te debo mi libertad, Nanette—exclamó él abrazándola, emocionado.

—Y yo a ti mi dicha—respondió la joven, que sentía en aquel momento una felicidad jamás soñada.

FIN

LECTURA PARA TODOS

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PATO MELÓN

M. NIETO GALAN

UNA MUJER "CAÑÓN"

TOMAS PRIETO

LA SEÑORITA CITROËN

R. PUENTE NEVOT

EL CASTIGADOR

JORGE RUEN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio:

25 cts.

PORTADA A TODO COLOR

32 PAGINAS DE TEXTO

PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona